

«Wanted lovers»: correspondencia íntima de Bonnie & Clyde

Amores que matan

Fueron dos de los delincuentes más famosos de la historia. Forajidos de leyenda para su gente, los pobres, los desheredados tras el crack del 29. **Tiraban de gatillo cuando era menester, pero Bonnie & Clyde fueron también dos jóvenes enamorados**

POR M. DE LA FUENTE

Vivieron deprisa, deprisa, murieron jóvenes, pero ni mucho menos dejaron un bonito cadáver. Los cuerpos de Bonnie Elizabeth Parker y Clyde Champion Barrow acabaron como un puñetero coladero, con cincuenta balazos cada uno, aquel 23 de mayo de 1934 cuando unos polis bajo el mando de un antiguo Ranger de Texas, Frank Hamer, les tendieron una cochina emboscada en una carretera perdida de Luisiana. Acababa así la vida y la corta pero intensa carrera delictiva de dos de los pistoleros más famosos de la historia, que fueron leyenda en vida entre su gente, los desheredados de la América rota y desvalida a la que cantó Woody Guthrie.

Habían nacido en Texas, pobres como las ratas. A Clyde le iba la marcha, y fue un chaval precoz que debutó robando unos chuches en la tienda de su barrio. A los 17, lo detuvieron por primera vez, y a los 21 ya era carne de trena. A Bonnie le chiflaban los niños, el country, su querida mamá, pintarse las uñas, escribir poemas, y hacerle mimos a su mascota, un conejito, aunque estuvieran en plena balacera.

«Vacaciones» entre rejas

Se encaprichó de Clyde aunque no era precisamente nueva en el asunto. Ya había estado casada, apenas una quinceañera, con un tipo de mala catadura, que le zurraba la badana cuando se echaba demasiados tragos al colete. Pero con Clyde no tuvo dudas. Fue un amor intenso, marcado por las distintas «vacaciones» de la pareja en las penitenciarías del estado de la Estrella Solitaria y aledaños.

No está muy claro que Bonnie le guardara las ausencias a su Clyde, pero las separaciones las entretenían intercambiándose cartas de amor como pipiolos. Bonnie era una chica menuda, pero de las

más bonitas del condado, rubia de ojos azules, siempre a la última moda y, para ser de pueblo, bastante estilosa, maneras que aprendía de los astros de Hollywood, porque el cine fue otra de las grandes pasiones de la pareja, además de reventar cajas fuertes.

Tanto algunos de esos poemas, como la corresponden-

cia íntima de la pareja han sido recogidos en «Wanted lovers. Cartas de amor de Bonnie & Clyde» (Ed. Alpha Decay), ilustrado por fotografías procedentes de una cámara que la pasma le incautó a Blanche Barrow, la mujer de Buck, hermano de Clyde.

Bonnie y Clyde no fueron los pistoleros más rápidos al oeste del Mississippi. Ni los que más pavos metieron en la saca. Incluso se dice que Bonnie no disparó un solo tiro en su vida, aunque Clyde sí que le dio matarile a una docena de personas (no todos los casos están probados), casi siempre maderos que se inter-

ponían en su camino. Sin embargo, fueron héroes para su gente. Y todavía hoy en día se les hacen homenajes en algunas polvorintas carreteras de la América profunda.

Se les dedicaron canciones (Serge Gainsbourg y Brigitte Bardot) y desde el puñetero infierno pudieron contemplar su gran sueño hecho realidad, convertidos en estrellas de cine 34 años después de su muerte, a las órdenes de Arthur Penn, y nada más y nada menos que metidos en los cuerpazos de Warren Beatty y Faye Dunaway. A título póstumo, pero ese sí que fue el gran golpe de su vida.

Palabras de amor

Quizá no dudaban en apretar el gatillo por ganarse un puñado de dólares, pero sin ninguna duda **tenían su corazoncito**. Se escribían con amor y con humor, con ternura y cariño, con deseo y pasión, Bonnie le decía mi niño y se preocupaba

por su salud, mientras **la madre del muchacho intentaba conseguir el indulto**, que llegó apenas unos días después de que Clyde le pidiera a otro convicto que le cortara con un hacha dos

dedos del pie para eludir los trabajos forzados.

«Señor Clyde Barrow:

¿Como le va a mi niño... Cielo, cómo me gustaría pasar la noche contigo. Te echo tanto de menos, amor mío... Cielo, no me di cuenta de lo mucho que me importabas hasta que te metieron en la cárcel. No sé como arreglármelas sin ti. Sólo tu chica, Bonnie".

«Señor Clyde Barrow. ¿Cómo se encuentra mi nene? Querido, sé que te vas a portar bien y que vas a ser un encanto cuando salgas. Todos piensan que eres malo. Yo sé que no es verdad, y voy a ser yo quien te demuestre que el mundo es maravilloso. Somos jóvenes y tendríamos que ser felices como los demás chicos de nuestra edad, en lugar de lo que somos ahora. Tu chica triste y solitaria, Bonnie». A Clyde le gustaba llamarla esposa, era un sueño y era también la mejor manera de burlar los controles y la censura de la penitenciaría.

«Niña querida: Acabo de leer tu dulce carta y no sabes lo contento que me he puesto al recibirla, porque me siento terriblemente solo y triste».

«Bueno, niña. ¿qué tal te va en el trabajo? ¿alguno de esos borrachuzos se ha pasado de listo contigo? Si se pasan apúntate los nombres, porque no me voy a quedar toda la vida en este tugurio».



Bonnie en brazos de Clyde, delante de su Ford, como cualquier pareja de enamorados

Elorriaga: «Las desapariciones son la parte más dura de la dictadura»

CELIA FRAILE

MADRID. En «Londres es de cartón» (ed. Alfaguara) Unai Elorriaga cambia su tono literario habitual («quiero sorprender al lector») y deja paso a las frases directas y a la historia. Ésta se desarrolla en una sociedad con una característica muy especial: sus habitantes viven en los tejados.

El escritor vasco ha encontrado así una perspectiva diferente para abordar las consecuencias de la dictadura: «Desde allí se ve el género humano más pequeño físicamente, pero quizá más grande intelectualmente. La dictadura no puede controlar los tejados y corta esa parte de su cultura. Esto resulta muy interesante: el estado totalitario no deja tener una visión propia del mundo, quiere que tengas sólo su visión». Phineas, el protagonista (no por el personaje de Verne, sino por el caso neurológico de Phineas Gage, que sobrevivió a que una vara de hierro le atravesara el cerebro) espera paciente allí el regreso de su hermana desaparecida hace veinte años.

De este modo, Elorriaga se adentra en el laberinto de emociones de aquellos que han sufrido un episodio de estas características. «La desaparición es más dura si cabe que una muerte. Plantea muchas dudas: no se sabe si está muerto, si todavía sufre, si está siendo torturado... Produce una ansiedad muchísimo más fuerte en la familia que en los casos de un accidente o una enfermedad», explica el escritor, ganador del Premio Nacional de Narrativa. El ambiente opresivo, esa angustia, ese miedo provoca «que los brotes psicóticos se disparen durante las dictaduras y las instituciones psiquiátricas no dan abasto para albergar a los pacientes». Pero esa constante manía persecutoria afecta también a los propios dictadores, no pocas veces víctimas de la paranoia.

Para conocer de primera mano el alcance de estas enfermedades mentales: «Entré como voluntario en una institución psiquiátrica e impartí clases a los pacientes durante cuatro meses —indica el autor—. Yo les daba literatura y ellos me daban su visión de la vida y su manera de pensar».